

pasaron los primeros días y el rey estuvo seguro del favor popular y de que nada tenía que temer de la población musulmana. Desde entonces volvió á ser Toledo la capital del imperio cristiano como lo había sido en tiempo de los godos.

Halláronse con Alfonso en esta conquista y entraron con él en la plaza, entre muchos aventureros y caballeros principales de Francia, los más distinguidos condes y caballeros de la nobleza castellana y leonesa. Uno de estos, llamado Rodrigo, joven ilustre y de gentil y apuesta figura, vió cuando subía á la ciudad con las triunfantes tropas, y poco antes de llegar al celebrado Alcázar, que por el *ajimez* de una casa y casi oculta por el amplio ropaje árabe, asomábase una mujer que descuidadamente dejaba descubierta su linda cara y fijaba en él con insistencia irresistible sus expresivos ojos. Sólo un instante fué suficiente para que se entendiesen aquellas dos almas. La bella *Zahira*, hija del rico moro *Al Admed* encontró en el cristiano el tipo soñado durante sus quince años de ilusiones; no pudo resistirse á mirarlo y le sin darse cuenta descubrió el rostro y le envió todo su sér en aquella mirada. El gallardo mancebo, por su parte, tampoco pudo explicarse lo que le acontecía, miró instintivamente al *ajimez* y quedó prendado de la hermosura de aquella mora cuya interesante figura no le abandonó ya.

Transcurrió el tiempo, y estos amores, que empezaron como hemos dicho, fueron en progresivo aumento cada día. La mora, burlando la vigilancia de sus padres, conseguía de vez en cuando hablar con el mancebo, que, pendiente de su adorada, sólo pensaba en verla y constantemente anhelaba hablar de sus amores, cuya santificación no era posible por las distintas religiones de los amantes. No hallando otro medio Rodrigo para hacer suya á *Zahira* propúsole la fuga, que desde luego fué aceptada por la enamorada joven, á pesar de no desconocer el grave compromiso que contraía con los suyos y las mil y mil dificultades con que habían de luchar hasta conseguirlo; pero confiaban en la Providencia, y al parecer no en vano. Presentóseles la ocasión tan deseada y no vacilaron en aprovecharla. Todo estaba dispuesto; la mora *Zahira* salió de su casa á las altas horas de la noche y ocultándose con su vestidura avanzó unos pasos hasta encontrar á su amante que la esperaba impaciente y temeroso. Anduvieron largo trecho cogidos del brazo por las tortuosas y oscuras calles, llegando al fin á las afueras del pueblo, donde montaron el caballo que un criado de la

confianza de Rodrigo había preparado, y atravesando el río se internaron por las quebraduras y matorrales que en la opuesta orilla se divisaban.

La luna, que en aquella hora empezaba á elevarse sobre el horizonte, iluminaba con su pálida luz la huida que parecía realizarse sin contratiempos ni dificultades. La tierna pareja, tranquila y satisfecha, no pensaba más que en su inmenso amor, y lo mismo la mora que el cristiano creían verse ya en el pináculo de sus ilusiones; pero se habían confiado demasiado; un incidente inesperado y que nunca pudieron prever truncó para siempre la naciente dicha de los amantes. Cuando más distraídos iban en su dulce coloquio, dos moros que á la ciudad se dirigían y que al oír las pisadas del caballo se habían ocultado para verlo pasar, conocieron al punto lo que significaba aquella pareja, y celosos de la honra de su pueblo y enemigos siempre de los cristianos, acometieron contra ellos antes que Rodrigo pudiese apercebirse á la defensa. En trance tan difícil, creyó lo más seguro dar rienda suelta á su caballo y alejarse cuanto antes de los que de aquella suerte le atajaban en su camino; clavó los acicates á la bestia y veloz como el rayo emprendió vertiginosa carrera. Al mismo tiempo uno de los moros ejecutó lo mismo, logrando darle alcance, y blandiendo la espada que en la mano llevaba cortó de un golpe el cuello de la desventurada *Zahira*, cuya cabeza, desangrándose, rodó por el arroyo que entre aquellos montes corría lentamente á verter sus escasas aguas en el profundo Tajo.

DOMINGO ARRÁIZ DE CONDERENA.

Noviembre 25-89



## Toledo árabe en el siglo XI

Á MI RESPETABLE AMIGO

DON JOSÉ MARÍA OVEJERO DE LOS COBOS

HASTA el año 1820, en que nuestro eminente cuanto criticado conde, dió á la luz pública su obra *Domination de los árabes en España*, que despertó entre nosotros la afición á esta clase de estudios, ha sido creencia general que los musulmanes españoles era una raza tan ignorante y salvaje como los argelinos y marroquíes de hoy; pero no sólo no es verídico este aserto, sino que admira el sinnúmero de sabios, artistas y poetas, que, mientras los demás pueblos de Europa, armados de hierro, yacían en las más oscuras tinieblas, producían obras que evidencian cuán vasta era su civilización y hacen imperecedera su memoria.

Admira, decíamos, lo que los historia-

dores cuentan de la antigua *Tolaitola*, de esa Toledo, la sultana del Tajo, la más alta cúpula del Islam, la hurí mahometana tan ensalzada por los vates árabigos, la más brillante estrella de la culta España, la que recostada sobre siete colinas duerme arrullada constantemente por el límpido y áureo Tajo, ha sido madre de tanto ingenio: aquella entre cuyas innumerables casas, sobresalían cien alminares; la que llegó á ser señora de tres reinos, la que tanto amó y ensalzó el celeberrimo Al-Mamun, la que conserva incólume su honor, la que había de regir dos mundos.

Contar sus maravillosas tradiciones y sus mágicos encantos; decirlo que sus pabellones y alcázares encierran; manifestaros lo que por ella hicieran sus reyes y señores le sería imposible á mi tosca pluma; recordaros la magnificencia de su gran mezquita y del incomparable pabellón del monarca Dze-n-nonita sería objeto de un libro; ponerlos de relieve sus juegos hidráulicos y sus deliciosos jardines, sería poco menos que imposible; y dar á conocer el grado de civilización á que llegó en el undécimo siglo os pareciera un cuento. Basteos saber que tal era la magnificencia, majestad y placer que imperaban, que Alfonso VI, al salir de esta ciudad, lloró con lágrimas de amargura la separación.

Quiero hablaros de los graves y diligentes varones, gallardas plumas, privilegiadas inteligencias, tesoros de erudición cuyo profundo talento é incansable actividad los emplearon en hacer más amplio el cuadro que presentaban las ciencias en aquellas remotas edades, y demostrar la participación que tuvieron en el estado en que se encuentran en los tiempos presentes. Pero la brevedad de este artículo me prohíbe, además de mis escasos conocimientos, examinar uno por uno esos preclaros talentos, bastándome solamente hablar de ellos en términos muy generales.

Si el objeto de mi estudio no logra llamar vuestra atención, no será culpa del tema, sino de mi ignorancia; porque ante las glorias del insigne Al-Mamun, cuyas hazañas le hacen el más temible de sus colegas, conquistando Valencia, Córdoba, Murcia y Sevilla, según algunos autores; que erigió magníficos monumentos; que fortificó muchos lugares; que acoge con benignidad hasta á un enemigo suyo; que un rey noble y valiente, sabio y justiciero, prudente y honrado es digno de veneración.

Corría el primer tercio del siglo XI.

El dorado trono de los Omniadas, rotas sus ligaduras y corroído por negra polilla, se derrumba, se desmorona y se convierte en polvo, que fuerte huracán ha de repartir por toda España. Cada ciudad, cada pueblo y cada castillo se había de levantar en armas y negar la obediencia á su señor natural, á lo cual contribuyeron las malas disposiciones del conocido *hagib Almanzor*. Y ¡cosa rara! Dividida nuestra Península en infinitad de estados pequeños todos en extensión, las ciencias y las artes llegan á tomar un vuelo que asusta contemplar.

Más aún: sus escritos invaden la cultura de los estados cristianos, y estos, gracias á brillantes usurpaciones, se engran-